

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Sobre la obediencia, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Inocencia (poesía), por don Rafael Serrano y Alcázar.—Viajes, por Sara.—La Virgen del Carmen, por don Roman Doldan y Fernandez.—Santiago [continuacion], por don E. Hernandez.—LAMINA: *Pliego de Dibujos.*

EDUCACION MORAL.

SOBRE LA OBEDIENCIA.



I la voluntad impulsada por el deber puede sola imprimir cierto carácter de virtud á nuestros diversos actos, es evidente la necesidad de considerar como un deber cuanto conduzca á legitimar nuestra voluntad, á que no sea caprichosa sino conveniente, y basada en las reglas de decoro y moralidad, que deben ser nuestra norma.

Conforme van pasando años en la niñez, va teniendo la vida mayor energia; los deseos tienen un carácter mas fijo, no hay esa fluctuacion de voluntades fugitivas, de las que ni conciencia se tiene, y todo es efecto de que la reflexion va poniendo en ejercicio á la razon, y se va dando mayor aplomo y gravedad á todos los actos. De aquí emanan esas dos especies de obediencia que se suceden en la niñez: la una involuntaria y casi maquinal, costumbre que se contrae desde los primeros años; la otra es el sentimiento del deber que tiene la intencion de llenar. Habria obedecido desde luego sin pensar, y piensa en seguida que debe obedecer. Consúltense á sí propias nuestras lectoras y comprenderán la razon.

Cuando todos los placeres de la niñez dependen de otras personas, y no existen sin ellas seguridad ni alegría; entonces por una suerte de cambio implicito, se conforma con los deseos de los demas; sin interés calculado, y aun cuando se tengan ideas confusas de conveniencia, se somete por instinto, por imitacion, por efecto del ascendiente que un alma

2.^a ÉPOCA.

débil deja tomar á un alma fuerte, y nace esa docilidad que tan voluntariamente se presta.

Pero si esta docilidad infantil no conduce á la obediencia voluntaria y premeditada, tal disposicion favoreceria la debilidad, la apatía, y la tendencia á ver por los ojos de los demas. Nada de esto es de temer cuando la sumision á la autoridad paternal parece ser el cumplimiento de un deber sagrado, como lo es.

Entonces se comprende que hay obligaciones impuestas á todos los seres; que la obediencia, así considerada es una virtud como otra cualquiera, que exige tambien firmeza, que comunica energia; y la niña, ó la jóven que resiste á una tentacion para no faltar á la órden de sus padres, es firme y sumisa á la vez.

Sin embargo, si no se adquiere completamente en la primera edad no es largo tiempo practicada, si las circunstancias no favorecen su conservacion. La de que se trata, es en la niñez el efecto ordinario de las cualidades personales de sus padres. Fruto del cariño que les tiene, su docilidad le hace merecerla á la vez. Al descubrir que su conducta es siempre dictada por la justicia y el afecto, respeta una autoridad tutelar, y obedece con alegría y confianza. Sintiéndose constantemente protegida en su seguridad y en su ventura, en su moralidad naciente, no puede menos de experimentar cierto temor de emanciparse, porque en nadie ha de hallar el celo, la prevision, unida á esa ternura infinita en todo.

Así que, como no se puede dudar ni vacilar de la importancia y justicia de lo que se manda, la obediencia debe ser pronta, porque todo el tiempo que se pase entre la órden y la ejecucion es una sublevacion del amor propio.

Y aquí debemos dedicar un párrafo á las madres, aun cuando parezca una digresion, pero que deja-

mos á su juicio decidir la oportunidad é importancia. Complacientes por naturaleza y frecuentemente tímidas y preocupadas del temor de no ser amadas, las madres suelen emplear para mandar la humilde fórmula del ruego para obtener lo que quieren de sus hijos, y esto tiene un grande inconveniente. El ruego dirigido por las madres, trastorna las relaciones naturales y produce un cambio de papeles. A fuerza de verse solicitados, los niños se consideran en el caso de conceder favores, se crén llenos de bondad, y á los demas ingratos, y esto amengua, como no puede menos, si no el cariño, el respeto á la madre. Sin duda que una sensibilidad refinada, esquisita, hace dulce el ver que se miren como perfectamente naturales todos los sacrificios que la ternura impone; mas son bien pronto origen de exigencias, del deseo de dominar, de orgullo, de mil defectos en fin, no siendo el menor lo que se debilita el respeto filial, que es un deber, con la vana esperanza de favorecer las afecciones, amables sin duda, pero inconvenientes. Yo no quiero, dirá una madre, prescribir á mi hija que venga á abrazarme todas las mañanas, ó me escriba frecuentemente durante su ausencia; es preciso que ella lo haga por sí misma, por afecto, por intuición. Esto está muy bien, mas si por ventura no lo hace, la madre no le habrá inspirado ni ese afecto que desea, ni lo que es mas importante, la firme resolución de llenar religiosamente todos sus deberes, empezando por los de la piedad filial.

Tengan presente las niñas que, la idea que justifica los rigores de la educacion, es la de la responsabilidad inevitable, inmensa, que tienen los padres, y cuya importancia no pueden aun comprender, así como tampoco conocer el daño que se hace la niñez á sí misma no recibiendo esa enseñanza, ora porque no se la den, ora porque no la atiendan, faltando á esa obediencia sagrada que á nadie interesa tanto como á las mismas niñas, y que llorarán de jóvenes.

A. PIRALA.

CARTAS FAMILIARES.

VI.

De Enriqueta á Julia.

—Qué es eso, María? la dije el último domingo, hallándola sentada en un rincón de su cuarto, con el rostro cubierto con las manos y sollozando amargamente, qué es esto? lloras!... Por qué lloras?

María levantó su rostro encendido sobre el cual brillaban todavía sus lágrimas, y su mirada dolorosa se fijó en el cielo cubierto de negros nubarrones.

—Cómo! exclamé, y es esa la causa de tan horrible desconsuelo? Por qué llueve? por qué no vendrán tus amigas? por qué te verás privada de algunos instantes de placer? ¡Oh, María, María, y es posible que derrames lágrimas por una contrariedad tan frívola y pueril? qué reservas entonces para las penalidades verdaderas?

María bajó la cabeza avergonzada: yo me senté á su lado y la cogí cariñosamente de la mano.

—Todo no son flores, luz y júbilo en la vida, proseguí; tiene tambien como la naturaleza sus días de tristeza, de desaliento, de amargura, ¿qué hará entonces la mujer, si desde niña no ha aprendido á tener fortaleza? sino se ha ejercitado en la paciencia y en la conformidad, las mas santas, las mas sublimes de todas las virtudes?

¡Desdichadas aquellas mujeres, á quienes un paseo frustrado, un vaso de esencia que se rompe, una gota de agua en el vestido, reduce á la mayor desesperación, haciéndolas prorumpir en quejas contra la suerte; desdichadas de ellas, porque llega la hora de la verdadera desventura, inherente á todas las existencias, y las encuentra sin voluntad para aceptar la cruz y sostenerla con santa resignación, sin ánimo para aligerar su peso.

La fortaleza reside en la voluntad: para tenerla, es preciso querer firmemente las cosas justas, aunque nos contrarién, y llevarlas á cabo con enérgica perseverancia. Esto se llama educar la voluntad, para que impere como reina absoluta sobre las pasiones, y el mejor medio de educarla, hija mía, es procurar soportarte á tí misma, dominar la inconstancia de tu humor, las vivezas é impetuosidades de tu carácter, el desarreglo de tu fantasía, los violentos impulsos de tu corazón.

Esta virtud, como todas, redundará en beneficio del mismo que la práctica, y verás como su primer resultado será darte una serenidad de espíritu inalterable, comunicar á todo tu ser una dulce y suave calma, que al paso que te haga á tí grata y fácil la existencia, haga tu trato precioso á cuantos te rodeen.

Para animarte en tu nuevo estudio, considera que el placer es fugaz: el placer nunca se presenta á nosotros bajo las bellas formas de que lo habia revestido la fantasía, y mil circunstancias fortuitas vienen casi siempre de improviso á robarle una parte de su espléndido atractivo.

Considera tambien que el aflijirse demasiado por las contrariedades de la vida, es hasta cierto punto insensato. Por mas que llores y te impacientes, no harás que las nubes cambien de dirección, ni que vengan tus amigas. ¿No es mas lógico, no es mas razonable, no es mas provechoso para la paz del alma,

someterse valerosamente á las circunstancias y buscar una compensacion al placer de que te privan?

Y si quieres un remedio eficaz para recobrar la calma, cuando te encuentres contrariada, recuerda que el mundo es un valle de lágrimas, y que hay millares de infelices cuya suerte es mas desdichada que la tuya. Ahora supongamos, al ver esos densos nubarrones, podrias recordar que hay niños pobres cubiertos de harapos, que no tienen mas que una desquebrajada cabaña para defenderse de la lluvia. Podrias recordar que los pobrecitos acaso tiritarán de frio, y no hallarán fuego con qué calentarse; que acaso tendrán hambre y no hallarán ni un negro pedazo de pan para satisfacerla. Quién sabe si tal vez, tampoco tendrán madre, parientes, ni amigos, que les ofrezcan su amor y sus consuelos.... ¡Y tú te quejas, María!

Como si la Providencia, que siempre viene en auxilio de las madres, hubiese querido dar fuerza á mis consejos, mientras estaba diciendo esto entró Lucía.

Seguía un niño como de doce años de edad, bello, aunque pálido y demacrado.

Después de las saluciones de costumbre, la pregunté quién era.

—Un huerfanito, me respondió, ahijado de mi Carlos.

Un triste huerfanito, que bien pronto ha empezado á conocer las amarguras de la vida.

Su padre era un hábil minero. ¡Ah, cuando en las frias noches de invierno echamos carbon de piedra en la chimenea, que ilumina nuestra estancia con brillantes y vivos resplandores, estamos muy lejos de pensar en las penalidades que ha costado á muchos hombres arrancar á la tierra su tesoro!

—Qué es el carbon de piedra? preguntó María.

—Es una sustancia mineral, la respondí, negra, brillante, inflamable, producto de las masas de vegetales enterrados profundamente debajo de la tierra desde hace muchos siglos, los cuales por la accion del tiempo y de los cambios sobrevenidos en las entrañas del globo, han quedado reducidos al estado de una perfecta carbonizacion.

Estas minas suelen estar á 750 ó mas piés de profundidad. Así que los trabajadores encuentran la primera vena ó capa de tierra, abren corredores ó galerías transversales, á tres ó cuatro piés de altura. Estas galerías forman una especie de ciudad subterránea, cuyos muros son de carbon, tan brillante y unido, que puede compararse con el mas hermoso mármol negro, y están alumbradas por algunas lámparas suspendidas del techo, y envueltas en una tela metálica, para evitar que el gas se inflame con el calor que despiden.

—Cómo se baja á ellas! exclamó María.

—Por medio de unos cestos suspendidos de unas

cuerdas que descienden hasta el abismo por una abertura practicada al intento. En aquella sepultura viviente, y entregados á un rudo trabajo, pasan los pobres mineros la mayor parte de su vida sin ver el sol ni respirar el aire libre, espuestos á horrendos peligros, pues tan pronto un repentino hundimiento del terreno los sepulta para siempre, ó quedan asfixiados por la esplosion del *crouin* ó gas mortífero, que mata con la rapidez del rayo. A veces las emanaciones subterráneas, condensadas por no hallar salida, encuentran en su direccion una luz, y se inflaman rápidamente produciendo un incendio, á veces un golpe de azada imprudente, abre camino á las aguas, que inundan la mina de improviso.

El niño se puso muy pálido.

—Esto es lo que sucedió á mi pobre padre, murmuró con voz trémula y acongojada. ¡Oh, nunca, nunca olvidaré lo que entonces ví y sentí.

—Estabas tú con él?

—Los hijos de lo mineros, respondió con noble orgullo, abrazan siempre el oficio de su padre, y apenas se hallan en estado de trabajar le siguen á las minas. A veces les sigue tambien la madre, que se ocupa en recojer el carbon esparcido por el suelo.... La mia no podia acompañarnos.... habia muerto! Desde que ella nos dejó, mi padre no queria separarse de mí, yo no queria separarme de él.... No queria que se me lo llevasen en un negro atahud, como sucedió con mi madre!... Yo no queria, pero Dios lo quiso!... bendito sea su nombre!...

—Y cómo fué eso? le pregunté llena de interés.

En aquellos subterráneos, prosiguió lentamente, nunca se sabe cuando es de dia ni cuando es de noche.... Por cálculo se adivina cuando debe amanecer sobre la tierra, y entonces todos los mineros se arrodillan en derredor del pozo ó abertura, y el director de los trabajos dice las oraciones de la mañana. Así que se han concluido descienden otra vez por las galerías subterráneas, se dispersan recitando la letanía de la Virgen, y se oyen salir de las entrañas de la tierra muchas voces confusas, que responden con fervor *ora pro nobis*! Al ver todos aquellos hombres que marchan lentamente alumbrados por la lámpara que cada uno lleva colgada al cuello, se siente no sé qué cosa en el alma que da ganas de llorar. Mi padre dirijia los trabajos, y él era el que pronunciaba la oracion. Cada mañana al concluir de rezar, me daba un beso. Aquella mañana me dió un beso y me bendijo:

—No olvides, exclamó con voz estraña por lo temblorosa que era, no olvides que el primer deber del hombre es ser honrado, y el segundo es ser fuerte para desafiar las penalidades de la vida, y concluir dignamente su tarea en este mundo.

¿Por qué me diria esto mi padre? Yo no lo sé!... Siempre he pensado que sería mi madre la que ha-

bria ido á llamarle aquella noche!... Esto es lo que me consuela de estar solo!... El pensar que ellos están juntos y serán felices!...

Pasó algun tiempo... yo estaba ocupado en cargar el carreton, cuando oí un grito... ¡Ah, señora, que grito aquel y qué ruido!... Era un torrente de agua que se precipitaba en la mina....

Al instante todos corrieron hácia la campana de alarma, que resonó de una manera lúgubre y prolongada!... Bajó el cesto salvador...

Pero el cesto era pequeño, nosotros éramos muchos....

Mi padre era el jefe; debía quedarse y perecer.

Quedáronse con él dos ó tres de los mas valientes.

Mi padre me miraba con una ansiedad indecible: yo rompí mi lámpara, y me escondí entre las tinieblas... ¡queria morir con él!...

—Venga tu hijo, Andrés, dijo uno de los que ya estaban en el cesto, pesa poco, venga, venga!

Mi padre me llamó y no respondí....

Ya habian tocado la campana, ya el cesto empezaba á subir....

—Ven en nombre de la que está en el cielo! exclamó mi padre, mesándose los cabellos con desesperacion.

No pude resistir, corrí á arrodillarme á sus piés... Él me cogió y me arrojó en el cesto, sin darme siquiera un beso!....

Me desmayé...

Cuando volví en mí me hallé tendido debajo de un árbol que habia á la boca del pozò... Estaba rodeado de muchas mujeres, y todas lloraban...

¡Ay, infeliz de mí que ya no tenia padre!...

Luego yo no sé!.. Despues el señor cura me llevó á su casa y me dijo mil cosas para consolarme...

¿Cómo si pudiera haber consuelo, para el que queda solo en este mundo?

Así que podia escaparme, corria á la orilla del pozo, y cogia muchas, muchas violetas, y las arrojaba por la abertura, pensando que tal vez alguna, llevada por el viento, iria á cubrir el cuerpo de mi pobre padre!...

Hasta este consuelo me quitaron!... Un dia me hicieron subir en la diligencia que me trajo á Madrid...

—Pero no estás bien conmigo y tu padrino? interrumpió Lucía.

—Pero él duerme allá abajo solo, solo!...

—Que carrera piensas seguir? Le dije yo para dar otro sesgo á sus ideas.

—Ingeniero de minas, respondió sin vacilar. Quizás algun dia sondando aquellos profundos abismos logre encontrar el cuerpo de mi padre, y entonces, como seré rico mandaré hacer un panteon en el cementerio de mi pueblo, como algunos que yo he visto, y dormiremos allí los tres juntos y no nos separaremos mas.

—Pero para esto, es preciso que no olvides el consejo de tu padre, y tengas fortaleza.

Los ojos del niño se llenaron á pesar suyo de lágrimas.

María por un movimiento instintivo, corrió á su consola, sacó un escapulario de la Virgen de los Dolores, y se lo puso al cuello.

Los dos niños se miraron, se comprendieron, y al contemplar juntos el escapulario, sus lágrimas cayeron mezcladas sobre la sagrada efijie!...

Sí, tiernos niños, sí!... Cuando vacile nuestra fortaleza, busquémosla en aquella dulce madre que asistió con santa resignacion á la agonía de su hijo!...

ANGELA GRASSI.

INOCENCIA.

Mirad á Laura. ¡Qué bella!

Entre flores... védla allí.

Sentada está bajo un sáuce

Mirando un bello jazmin

Dulcemente aprisionado

En sus dedos de marfil.

¡Con qué atencion le contempla!

Juega con él... ¡niña al fin!

Le sonrie... ¡candorosa!

¡Ya le vuelve á sonreir!

¡Y le besa! ¡oh! cuán dichoso

Su corazon infantil,

Que está cerrado á las penas

Y una flor le hace feliz!

RAFAEL SERRANO Y ALCAZAR.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XVI.

Los jardines y paseos de París ocupan una superficie de un millon quinientos metros; pero no obstante su magnificencia, no sé porqué no he podido olvidar todavía el Prado y el Buen-Retiro de Madrid, donde tantas noches y tantas mañanas he visto ponerse y levantarse el sol.

En la orilla derecha del Sena están los Campos Eliseos, el Jardin de las Tullerías, el del Palacio Real, el del Louvre, el de la Plaza Real, el parque de Monceaux, construido por el du-

que de Orleans, el Square del Temple, y el de la Torre de Santiago; y en la orilla izquierda, el jardín de Luxembourg, el de Plantas, el del Arzobispo y la esplanada de los Inválidos. Los Campos Eliseos son un bosque inmenso, en el que hay teatros, salones de conciertos y de baile, fondas y cafés; en una palabra, todo cuanto puede estimular á los sentidos. El jardín de las Tullerías fué diseñado y trazado por Le Notre, por orden de Luis XIV, en 1665: Napoleon hizo en él nuevas plantaciones, y abrió las calles de Rivoli, de Mont-Thabor, de Castiglione y de la Paz, que le unen á los boulevards. De las estatuas que hay en este jardín, entre las antiguas, sobresalen las de Coustou y de Theodon, y entre las modernas el *Espartaco*, de Foyatier. El antiguo jardín del Palacio Real era mayor que el nuevo, porque el emplazamiento de las calles de Beaujolais, de Montpensier y de Valois, y de las galerías de piedra, estaba ocupado por largas y espaciosas calles de castaños. Desde tiempo inmemorial viene siendo el centro de los movimientos populares, y el punto de reunion de los ociosos y de los noticieros: en él pronunció Camilo Desmoulins sus mas entusiastas discursos; en él celebraron los amigos de la constitucion, despues Jacobinos, sus primeras sesiones en la sala del antiguo Circo, y de él partieron los primeros movimientos de la revolucion de 1890; es la puerta del Sol de Madrid. La gran avenida del jardín de Luxembourg, que se debe á María de Médicis, se abrió en 1793, bajo la direccion de Chalgriu, y fué terminada bajo la de Baraguel, que niveló el terreno de la avenida y del parterre, desde el Observatorio hasta el pié de la fachada del palacio.

Los dos puentes mas antiguos de París son el puente pequeño y el puente grande, como que su origen se remonta al de la fundacion de esta ciudad: por espacio de muchos años fueron el único medio de comunicacion de una á otra. Carlos el Calvo echó un tercero á la estremidad de la ciudad: se cree fué el conocido en la historia con el nombre de Puente de las Palomas ó de los Molineros. A estos siguieron el puente de Nuestra Señora, el puente María; el de la Tournelle, el Nuevo, el Real, el de la Concordia, el de Austerlitz, el de la Ciudad, el de las Artes, el de Jena y el de Alma. Los mas notables son el Nuevo, comenzado en 1578 y terminado en 1604, en el reinado de Enrique IV, y el de la Concordia, entre la plaza de este nombre y el palacio del Cuerpo legislativo: es obra del arquitecto Perronnet. Las estatuas que le decoraban en tiempo de la Restauracion han sido trasportadas al patio del palacio de Versailles.

Aquí termina la primera parte de nuestro paseo: dispónte á acompañarme en la semana próxima á visitar el Palacio de Justicia, el de las Tullerías y el del Louvre.

SARA.

LA VIRGEN DEL CÁRMEN.

I.

Corria el año de 1858.

Eran las tres de la tarde.

Madrid no ofrecia animacion como otras veces.

Sus calles estaban desiertas.

Solo la Puerta del Sol despertaba algun interés, pues se veia favorecida por diversos grupos.

En el barrio mas bello y espacioso, en la calle de Alcalá, se alzaba una esbelta casa, sencillamente decorada con los atavíos del arte.

Las elegantes persianas de uno de los balcones del primer piso, agitadas por ligera brisa, movíanse de un modo lento.

Diferentes macetas de lirios y clavellinas exhibian su donosura á través de la barandilla, que parecia una preciosa guirnalda desprendida de un pensil galano.

Una jóven linda, pura cual los reflejos de una vision celeste, se asoma al balcon.

A un lado de la ventana, en actitud grave, se descubria una señora, de aspecto venerable.

—Mamá, ¿qué santo es hoy? ¿Qué fiesta se celebra en esa iglesia?

—¡Válgame Dios, hija mia! ¿No sabes, Margarita, que esta noche es la verbena del Cármén?

¡Ah! es verdad. Hoy hace un año que estuvimos en la velada. Y por cierto que me sorprendió la inmensa concurrencia que llenaba el templo.

—¡Qué corona tan bonita tenia la Virgen!... ¡Cómo brillaban las perlas y las esmeraldas en su rico vestido!.. Mi alma se estasiaba, madre mia, al contemplar á la Emperatriz de los orbes, y mi pensamiento bañado, con los benéficos resplandores de la fé, caia de hinojos ante el sόlio de la Virgen pía.

—¡Cuánto me complace, Margarita, oírte hablar así!... Dices bien: las sagradas imágenes que representan á la Reina del cielo hacen remontar nuestro espíritu á las serenas regiones del infinito.

—Yo leí excelentes libros, y en sus páginas, impregnadas de perfumes divinos, aprendí á conocer á María, cuyos hechos cautivaron mi entendimiento.

—Y ¡qué grande, Margarita, es su patrocinio!... Todavía recuerdo, á pesar del tiempo que ha transcurrido, lo que me contó tu piadosa abuela.

—Y ¿y qué es, mamá? Quiero saberlo.

—Pues te lo diré, á fin de que no olvides nunca á la que es abogada de los que gimen.

Un buque combatido en alta mar por una deshecha tormenta, estaba próximo á hundirse en su seno. Rodeábanlo furiosas olas, que azotando con ira sus costados, le envolvian entre montañas de agua.

No habia remedio en lo humano; los recursos llegaron á agotarse, y los marineros, despues de aligerarle de pesadas cargas, destrozaban sin piedad sus palos.

Los pasajeros afligidos, ofrecian un cuadro aterrador: todos ya esperaban la muerte, cuando les asalta la idea de invocar á la Virgen del Cármen. ¡Oh portento! Al punto sienten los saludables efectos de la plegaria, pues el irritado Océano, antes tan rebelde, se torna manso, y pocos momentos mas tarde, la borrasca se disipó sin causar ni una sola víctima.

Ya ves, hija mia, como el valimiento de María es poderosísimo. No dejes, no, de ser amante suya, de bendecir á cada instante su encantador nombre.

II.

Seis años han pasado, y aun resuenan en nuestros oidos los fervorosos acentos de dos almas nobilísimas.

En el balcon, testigo mudo de espresiones rectas, no se ven ya las flores que le adornaban, ni se apoya en él una vírgen casta, ni se oye del interior del aposento la inspirada voz de una madre.

Tres lustros contaba Margarita, y sus reflexiones, sabias y profundas, la hacian digna de los plácemes del moralista.

Y embelesaba su conversacion, porque tenia por base el fundamento de nuestras sanas creencias, lo que consuela y santifica, lo que abre á la criatura humana las puertas de un porvenir inmortal.

—¡Oh! El Catolicismo es el único que produce actos que ennoblecen nuestro sér, y le enagenan, y le subyugan dulcemente.

III.

—Monumentos sagrados, yo os venero!

Impreso llevan vuestros muros el sello de la fé y del genio cristiano, y esas cúpulas, elevadas y magestuosas, nos enseñan á mirar al cielo.

Y así es en efecto.

¿Quién al asistir á solemnes festividades como la que hoy celebra la Iglesia no se conmueve, de ardoroso entusiasmo?...

Los alcázares de la religion, en que se rinden fervientes homenajes á la Princesa de los mundos, presentan en este dia un aspecto deslumbrador.

Cortinajes de terciopelo, colocados artísticamente, engalanan sus soberbios muros.

Millares de luces arden con profusion.

La seductora música inflama con sus mágicas armonias el corazon de la multitud.

Nubes de arrobador incienso se estienden por sus vastas naves.

Los ministros del Altísimo, entonando sentidos

cánticos, se inclinan reverentes ante los altares, revestidos de espléndidos ornamentos.

María, la Virgen sin mancilla, ostenta mirífico traje, en que brillan los záfiro y topacios.

Y no hay nadie que no la invoque.

Todos, desde el niño hasta el anciano, desde el rudo campesino hasta el egregio magnate, pronuncian con ternura su nombre conmovedor.

¿Hay nada mas sublime que estos espectáculos, en que el corazon experimenta impresiones gratas, y nuestro espíritu siente trasportarse á otro mundo mejor?

¡Ah! Solo la religion, fuente de ventura, es capaz de enaltecer nuestra razon, abriéndola magníficos horizontes donde poder caminar con desembarazo, teniendo por firme escudo la antorcha esplendorosa de la verdad.

IV.

¡Qué grande, qué admirable es el poder de María!...

A su régio sólio, circundado de esplendores bellos, de querubes, de justos, acuden, animados de la santa esperanza, los que aquí abajo lloran.

Y esto es natural.

Es la tierna madre del hombre, la celosa protectora de los débiles, y por eso escucha benigna las súplicas que le dirigen sus hijos.

¿No veis con qué afán se postra ante sus plantas esa aflijida viuda?

¿No observais la piedad de esa pobre aldeana, que despues de arrancar de su huerto las flores mas gallardas, atraviesa los umbrales del Santuario, á fin de colocar en la modesta capilla un hermoso ramo que ofreció á la Virgen?

¿No descubris en el tostado rostro de ese hombre robusto, que camina con paso firme, á un infeliz marino que, llena su mente de ideas nobles, va á dar gracias á María por haberle librado de un naufragio horrible.

¡Ah! Si la Virgen nada pudiese, no se veria su trono rodeado de tantos como se ponen bajo su égida.

Ella descendió á un lugar célebre; al monte Carmelo.

Ella colmó de dones á un varon insigne; al piadoso Simon Stock.

V.

Acudid á María vosotras, niñas inocentes.

No olvideis que sois plantas tiernas y aromosas, capullos regalados que decorais los risueños verjeles de la existencia.

María os llenará de celestes dádivas, y las almas buenas os bendecirán.

Vuestra vida correrá apacible cual los límpidos arroyos de los valles.

Y sentireis el blando susurro de sus amorosas caricias, y disfrutareis de los encantos de la virtud, y gustareis de las dulzuras de la paz doméstica.

Y la ilustre Virgen de Sion, estendiendo sobre vosotras su manto esmaltado de rubies, os dará un puesto en las suntuosas mansiones del eterno Príncipe.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

SANTIAGO.

Continuacion.

Margarita y yo nos miramos. Margarita presentía que la familia Duhamel quería llevarse consigo á Santiago cuando partiese para Rouen, que era su residencia.

—Decídetes Margarita, exclamé al fin rompiendo el silencio, es preciso contestar á Mr. Duhamel. Le va en ello la vida de su hija.

—Calla! me contestó Margarita levantándose. Si accedo es porque he perdido á una hija, y no quiero que por mí pierda otro padre la suya.

—Gracias, exclamó Mr. Duhamel, sois una buena madre y una excelente mujer.

Yo abracé á Margarita y la dije sollozando:

—Vales mas de lo que yo creía.

Mr. Duhamel se enjugó los ojos y prosiguió:

—Ahora falta que Santiago consienta.

—Santiago...

—Pero dónde está.

Santiago habia desaparecido sin que nos apercibiéramos de ello.

—¿Adónde podia haber ido sino al castillo?

IV.

A partir desde este momento, Santiago vivió mas en el castillo que en nuestra casa: todos los dias iba á buscarle por la mañana un criado de librea con galones de oro, y á la caída de la tarde nos le devolvía.

¡Con qué ansiedad le esperaba Margarita! Qué de besos y abrazos le daba, y qué de preguntas le hacía! Al convencimiento de que no porque cada día amase mas á Eugenia la amaba á ella menos, uníase la satisfaccion de verle vestido como el hijo de un príncipe.

—No van mas estirados ni petimetres los hijos del señor Sub-prefecto de Pont l'Eveque, la decian sus convecinas. Qué madres hay tan dichosas!.... Lo menos va á hacer de él Mr. Duhamel un notario.

A todo esto Santiago, que apenas conocia las letras, leía ya de corrido y escribía y contaba y recitaba fábulas de memoria. A su madre y á mí se nos caía la baba oyéndole.

Un dia fuimos al castillo. Mr. Duhamel nos hizo entrar en el salon, y quieras ó no quieras sentarnos en dos sillones de terciopelo.

Santiago despues de darnos un estrechísimo abrazo, se sentó á su vez delante de una especie de mesa, que nos dijeron era un piano.

—Margarita, dije á mi mujer al oido en cuanto dejó de tocar Santiago, ves como recompensa Dios nuestro sacrificio? Estás contenta?

—Sí, me contestó, pero lo que me tiene embozada no es la disposicion de Santiago para todo, ni su traje de terciopelo, ni sus botitas de charol....

—Qué es, pues?

—Otra cosa.

—Esplicáte.

—Mira á la señorita Engenia.

En efecto, parecia otra. Su semblante se habia redondeado, y desaparecido el círculo siniestro de sus ojos.

—Villerville ha sido siempre un punto muy sano, la dije.

—No ha sido Villerville el que la ha devuelto á la vida, sino Santiago.

A la sazón mediaba Agosto: como los frutos iba lentamente madurando bajo la influencia del sol y del aire la salud naciente de la señorita Eugenia, que ya para andar no necesitaba apoyarse en el brazo de su madre ni de su aya, antes al contrario, subía y bajaba ligera y alegre como un gamo las escarpadas rocas de la Fosse-Marin, seguida de Santiago, no menos dichoso que ella. Pero á medida que su convalecencia adelantaba, la salud de Margarita se resentía, presintiendo que se acercaba el momento en que la familia Duhamel dejase á Villerville para regresar á Rouen.

En efecto, un dia, á mediados de otoño, mandónos á llamar Mr. Duhamel y nos dijo sin andarse en rodeos:

—Quiero demostrar á Vds. que no soy un ingrato, encargándome de la educacion, en una palabra, del porvenir de Santiago. Pero para esto es preciso que nos siga á Rouen, donde le haré entrar en un colegio. Comprendo que para Vds. será muy duro separarse de él; pero amándole como le aman no creo que vacilen en imponerse este nuevo sacrificio.

Y como no le contestásemos, añadió.

Piénsenlo Vds. bien antes de decidirse, porque hasta dentro de tres dias no partiremos. Siempre que vayan Vds. á Rouen á verle serán bien recibidos en mi casa.

Dichas estas palabras nos despidió cortesmente.

Solo al entrar en nuestra humilde vivienda me atreví á mirar á Margarita.

Estaba horriblemente pálida.

Quise hablar, y me impuso silencio con una mirada.

—Valor, Margarita, exclamé al fin.

—Sí, le tendré, me contestó, cuando lloro es que consiento. Tengo el corazon hecho pedazos, me ahogo, me muero.... pero que se le lleven para educarle, para hacerle rico, para devolvérnosle dichoso.

—Bien, Margarita, bien, murmuré llorando como un niño y abrazándola estrechamente, eres una buena madre.

Santiago entró en aquel momento.

—Calla! me dijo vivamente Margarita. Enjuguemos nuestras lágrimas y procuremos sonreir. Ya que se va que ignore la pena que nos causa su partida.

Los tres dias siguientes lo fueron de prueba para Margarita.

Llegó el de la partida.

Toda la mañana estuvo la pobre madre sumida en un profundo abatimiento; por la tarde hizo la maleta de Santiago.

—Adios, exclamaba dirigiéndose á cada prenda que desaparecia en su fondo. Adios, medias de lana que el último invierno hice yo misma; resguardadle en el próximo del frio. Adios, camisas tejidas con el hilo de mi rueca; ya no os volveré yo á lavar. Adios, adios, queridas prendas del hijo de mis entrañas.

Para poder cerrar la maleta tuve yo que sentarme encima de ella: despues sin decir una palabra, caimos uno en brazos de otro.

Aquella noche empenóse Margarita en velar el sueño de Santiago.

—Déjame, me dijo, es la última vez que le veo dormir.

A las siete detúvose la silla de postas á la puerta de nuestra casa.

Margarita parecia tranquila.

Santiago comprendiendo que aquella calma era ficticia, la dijo al oido:

Perdóneme Vd. el disgusto que la doy: yo tambien siento separarme de Vd. y de mi padre. Pero en cuanto sea hombre no volverémos á separarnos.

Mr. Duhamel y su señora nos renovaron sus protestas de amistad, y Eugenia nos abrazó á los dos.

En la silla se sentó Santiago á su lado, y le abrazó diciéndole:

—Soy Catalina.... soy tu hermana.

Los caballos obedeciendo al látigo partieron al galope.

—¡Ah! exclamó Margarita arrojándose en mis brazos, ¡con él se va mi corazon!

V.

Hizo una nueva pausa el padre de Santiago, y luego prosiguió:

—Nuestra vida, antes tranquila y uniforme, fué desde el momento en que partió Santiago incolora y muda.

Yo al menos le veia siempre que iba á vender pescado á Rouen: él y su nueva familia me acogian con los brazos abiertos.

—Cada dia le queremos mas, me decia siempre Mr. Duhamel, por su excelente carácter y sus progresos en el colegio.

Figúrese Vd. si estas noticias lisonjearian á Margarita.

—Si caes enfermo, me dijo un dia, iré yo en tu lugar á Rouen y veré á Santiago.

—Cuando quieras puedes acompañarme, la contesté yo.

—Pues mañana mismo, exclamó, saltándosele las lágrimas de alegría.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Puño* con cartera, bordado al *minuto*.
- NUM. 2. *Cuello* correspondiente.
- NUM. 3. *Cenefa* estrecha, bordada á *feston* y *minuto*.
- NUM. 4. *Idem* ancha, bordada al *pasado* sobre muselina ó con *aplicacion* sobre tul, para fichús, mangas, etc.
- NUM. 5. *Cenefa*, bordada al *pasado*.
- NUM. 6. *Cifra*, bordada á *cordoncillo* ancho.
- NUM. 7. *Feston* y *bodoques*, para ropa de diario.
- NUM. 8. *Regina angelorum*, para el centro de sabanilla de altar, bordado todo con aplicacion de muselina sobre tul, y las letras al pasado sobre la muselina. Las señoras aficionadas á bordar al pasado en sedas y en oro pueden aprovechar este modelo para cortinilla de Sagrario, pálido, estandarte, etc.
- NUMS. 9 y 10. *Cifras* bordadas á *plumetis*.
- NUM. 11. *Modelo* de entredoses bordados, separados por otro de *valenciennes* ó por jaretitas, para cuerpo blanco ó camiseta.
- NUM. 12. *Esquina* de corbata ó pañuelo, bordada al *minuto*.
- NUM. 13. *Cuello*, bordado á punto *ruso* con algo de color.
- NUM. 14. *Pañuelo* con jareton y sembrado á *plumetis* encima.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.